



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SAN FELICE

CAPÍTULO PRIMERO

El banquete libre

Aquella noche, que probaba al cardenal de lo que son capaces los hombres desesperados, le llenó de espanto. Durante la noche había oído el ratiroteo sin comprender la causa; pero al rayar el alba supo con terror lo que había pasado.

Queriendo cerciorarse por sí mismo de lo sucedido, montó á caballo y se dirigió á la calle de Toledo, acompañado de Cesare, Malaspina, Lamarra y de doscientos caballos. Al ver los semblantes de Fra-Diávolo y de Mammone, se convenció de que las pérdidas no le habían sido exageradas.

No habían tenido tiempo de retirar los muertos ni de lavar la sangre; al llegar á la calle de la Caridad, el caballo del cardenal se negó á segui

adelante : no podía dar un paso sin tropezar con un cadáver. Apeóse Ruffo en el convento del Monte Olivete, y envió á de Cesare á informarse de la verdad exacta, so pena de desgracia.

En tanto, inquirió de Fra-Diávolo y de Mammone, los sucesos de la noche ; pero no sabían lo ocurrido en la calle de Toledo.

El cardenal frunció el ceño.

Llegaron en seguida de Cesare y Lamarra, con nuevas fatales ; éste participó que no había quedado ni un solo hombre del batallón albanés, y aquél que sólo sobrevivían nueve artilleros de la batería de Chiaia, habiendo sido clavados los cuatro cañones del *Sea-Horse*, y muertos los artilleros rusos sobre las piezas.

Es el caso que durante aquella desastrosa noche el cardenal había recibido una carta de la reina en la cual le decía, con fecha del 14, que la escuadra de Nelsón, después de haber zarpado de Palermo para conducir á Ischia al heredero de la corona, le había echado en tierra, en aquel puerto, en vista de la noticia recibida por Nelsón de que la escuadra francesa había salido de Tolón.

Pocas eran las probabilidades de que la escuadra fuese á Nápoles ; pero no era imposible, en cuyo caso estaba perdida su empresa.

Por último, podía suceder en Nápoles, como en Cotrona, que los sanfedistas, enriquecidos ex el saqueo, desertaran con su botín, armas y bagajes.

En su consecuencia escribió sobre la marcha una proclama en que ordenaba terminantemente cesara el saqueo y la carnicería, prometiendo que no serían maltratados los que entregasen las armas, *siendo la intención de Su Majestad conceder una completa amnistia.*

Difícil es conciliar esta promesa con las órdenes rigurosas del rey y de la reina respecto á los rebeldes, si la humana intención del cardenal no hubiese sido salvar á cuantos patriotas pudiese, en virtud de su poder de *alter ego*.

Añadía, también, que cesarían las hostilidades contra los castillos y fortalezas que izasen bandera blanca, en señal de que aceptaban la amnistía ofrecida y que respondía bajo su palabra de la vida de los oficiales que se presentasen á parlamentar.

Imprimióse y fijóse esta proclama en todos los sitios públicos de la ciudad y la enviaron á San Martín, con Lamarra, á los patriotas que ignoraban las nuevas disposiciones del cardenal.

Los patriotas de San Martín, ebrios con su victoria, respondieron que estaban resueltos á

morir con las armas en la mano, y que no entrarían en concierto sino cuando Ruffo y sus sicarios hubiesen evacuado la ciudad.

Pero Salvato, que era tan prudente como valeroso, no fué de la opinión de Manthonnet, comisionado por sus compañeros para dar una respuesta negativa, y fué con la proposición del cardenal Ruffo al Cuerpo Legislativo para conseguir que se abriesen los preliminares de un tratado, como único medio de salvar á los patriotas comprometidos. Y como los castillos estaban subordinados al Cuerpo Legislativo, éste participó á los comandantes del Nuevo y del Huevo que si no trataban directamente con el cardenal, él lo haría en su nombre.

Esta orden no concernía á Manthonnet, que no estaba en una fortaleza sino en el convento de San Martín, y por consiguiente dependía de sí mismo.

El Cuerpo Legislativo manifestó también á Massa que se abocase con el jefe del castillo de San Telmo, no para que subscribiese á las proposiciones hechas á los otros comandantes, sino para que en su calidad de oficial francés aprobase la capitulación de las otras fortalezas, siendo su firma garantía del tratado, pues sólo se le consideraba como enemigo mientras que los otros eran rebeldes.

Respondióse, pues, al cardenal que no tuviese en cuenta la negativa de los patriotas de San Martín, aceptándose la propuesta amnistía y rogándole indicara día y hora en que los jefes de ambos partidos concertasen las bases de la capitulación.

Pero durante aquel mismo día 19 de Junio aconteció lo que era de esperar.

Los calabreses, lazzaronis, presidiarios y demás gente de rapiña y sangre, que á fin de saquear y matar seguía á los Fra-Diávolo, Mammoney y Sciarpa, al ver la proclama del cardenal, que ponía coto á sus malas mañas, resolvieron desobedecer sus órdenes continuando sus carnicerías y devastaciones.

El cardenal se estremeció al sentir que se le caía de las manos el arma con que hasta entonces había vencido, ordenó que no se abriesen las cárceles á los prisioneros que le trajesen, y reforzó además los cuerpos rusos, turcos y suizos, únicos con quien se podía contar.

Entonces los asesinos y bandoleros, no pudiendo encarcelar, fusilaban y ahorcaban. Los patriotas, desde sus fortalezas, veían con terror y cólera cuanto pasaba en la ciudad: algunos se disponían ya á tomar otra vez las armas, pero el coronel Mejean, furioso por no haber podido tratar con el Directorio, ni con el cardenal, hizo saber á los repu-

blicanos que tenía en San Telmo rehenes que les entregaría al punto si no acababa el degüello.

Entre los rehenes había un primo del caballero Micheroux, ayudante del rey, y un hermano del cardenal; participaron á Su Eminencia que por cada nuevo degüello se sacrificaría uno de los rehenes.

Enconábanse las relaciones, poniendo los partidos á punto de hacerse una guerra de exterminio. Comprendiólo así el cardenal, y llamando á los jefes, les recomendó la más estricta disciplina y mandó numerosas patrullas que recorriesen incessantemente la ciudad en todas direcciones, con lo cual cesaron los sucesos, y Nápoles pudo respirar al cabo de dos días de horror.

Los patriotas de San Martín y de los otros dos fuertes aprovecharon el armisticio y la tranquilidad para seguir el ejemplo de los antiguos condenados á muerte, celebrando el BANQUETE LIBRE, faltando sólo el César para oír las palabras sacramentales:

« *¡ Morituri te salutant !* »

Aquel banquete, en que cada uno parecía celebrar sus propias exequias, recordaba el último festín de los senadores de Capua, en cuyos postres, en medio de flores marchitas y al eco expirante de las cítaras, se hizo circular la copa emponzoñada en que ochenta comensales bebieron la muerte.

Escogióse para el festín la plaza del Palacio nacional: la mesa estaba rodeada de mástiles con gallardetes blancos, uno de los cuales ostentaba el siguiente letrero con letras negras:

« *¡ Vivir libres ó morir !* »

Cada mástil tenía además tres banderas: una tricolor, significando la libertad; otra roja, símbolo de la sangre vertida, y otra negra, emblema del luto en que la tiranía sepultaba á la patria.

En medio de la plaza y al pie del árbol de la libertad, habían erigido el altar de la patria, en él que celebraron misa en honor de sus mártires. El obispo La Torre, miembro del Cuerpo Legislativo, pronunció la oración fúnebre, y en seguida se sentaron á la mesa. La comida fué parca, triste, casi muda, interrumpida á veces por el doble brindis de « Á la libertad y á la muerte. » ¡ Altas deidades que invocan siempre los pueblos oprimidos !

Desde sus avanzadas veían los sanfedistas el supremo festín, aunque sin comprender la sublime tristeza que en él reinaba. El cardenal sólo pensó los esfuerzos desesperados de que son capaces los hombres que se preparan á morir con tan serena frente, y receloso ó admirado, se confirmó más y más en su resolución de tratar con ellos.

CAPÍTULO II

La capitulación

El 19, como hemos dicho, se extendieron las bases de la capitulación: discutiéronse en medio del tumulto que ensangrentaba la ciudad, y el 21, á las doce del día, estaba apaciguada la revuelta, celebrándose á las cuatro de la tarde el *banquete libre*.

Por último, el 22 por la mañana, bajó de San Telmo el coronel Mejean, escoltado por la caballería realista, y conferenció con el Directorio.

Salvato veía gozoso todos estos preliminares de paz.

El saqueo de la casa de Luisa y la funesta acusación que sobre ésta pesaba de ser delatora de los Backer y causa de su muerte, le traían en continua zozobra. Salvato, que todo lo menospreciaba por sí mismo, temblaba como un niño en tratándose de Luisa.

Alentábale también otra esperanza: su amor había

echado profundas raíces, y siendo públicas sus relaciones, era imposible que Luisa se quedase en Nápoles y esperase la vuelta de su esposo. Así es que aprovechando la libertad que se daba á los patriotas de Nápoles y aun de Italia, nada podría separarle ya de Luisa. Hablando de la capitulación, dijo á Luisa que las personas comprendidas en ella tendrían la facultad de quedarse en Nápoles ó de embarcarse para Tolón.

Luisa suspiraba cada vez que le oía, estrechaba sobre su seno á su amante, pero sin responder nunca; y es que á pesar de su ardiente amor hacia Salvato, temerosa, indecisa, retrocedía, cerrando los ojos para no ver el porvenir ante el inmenso dolor que en un momento dado había de causar ó á su esposo ó á su amante.

Ciertamente, si Luisa hubiese sido libre como Salvato, habría logrado la suprema felicidad del amigo de su corazón. Entonces habría abandonado gustosa sus amigos, Nápoles, y hasta el lecho en que resbaló su infancia serena y pura; pero al lado de su ventura suprema, se levantaba en la sombra un remordimiento que no podía alejar de sí.

Al marchar, dejaba abandonada á su dolor y aislamiento la ancianidad del que le había servido de padre.

¡Ay! esa ciega pasión que llaman amor, esa alma del universo que arrastra á las más nobles acciones, y á los mayores crímenes, es ingeniosa en excusas para las faltas, mientras no tienen más que lágrimas y suspiros para el remordimiento.

Á las instancias de Salvato, Luisa no quería responder: « Sí, » y no se atrevía á decir: « No ».

Abrigaba en el fondo de su corazón la esperanza incierta de los desgraciados que sólo cuentan con un milagro de la Providencia para salir de la sima en que los ha arrojado un error ó una falta.

Entretanto pasaba el tiempo, y como hemos dicho, el 22 fué Mejean al Directorio á mediar entre los patriotas y el cardenal.

Queriendo cerciorarse si los fuertes se hallaban con medios de sostener las palabras altivas de Manthonnet, el Cuerpo Legislativo mandó llamar al comandante del Castillo Nuevo.

En la asamblea, Cirillo dirigió la palabra á Massa en estos términos:

— Responded con toda franqueza, ¿ qué esperanza nos resta de defender el castillo y de salvar la ciudad?

— Francamente, la ciudad está perdida: ningún esfuerzo humano puede salvarla, aun cuando cada hombre fuese un héroe. En cuanto al Castillo Nuevo

aun somos dueños, pero es porque tenemos por enemigos soldados bisonos y bandas indisciplinadas mandadas por un fraile. La mar, la dársena y el puerto están en poder del enemigo. El palacio no tiene ninguna defensa contra la artillería: su cortina está arruinada y si en vez de sitiado fuese sitiador, en dos horas me haría dueño del castillo.

— ¿Y aceptaríais la paz?

— Sí, con tal que se consiga, mas lo dudo, con condiciones que se concilien con nuestro honor como soldados y ciudadanos.

— Y ¿por qué dudáis que podamos concluir la paz con condiciones honrosas? ¿Conocéis las que propone el Directorio?

— Las conozco, y por lo mismo dudo que las acepte el cardenal. El enemigo, envalentonado por la marcha triunfal que le ha traído hasta nuestros muros, hostigado por la cobardía de Fernando y por el odio de Carolina, se negará á conceder la vida y la libertad á los jefes de la república. En mi juicio, es necesario que por lo menos veinte ciudadanos se sacrifiquen por salvar á todos, y deseo que mi nombre encabece la lista.

Y adelantándose en medio de un estremecimiento de admiración, hasta la mesa del presidente, escribió en una hoja de papel con mano firme:

« Gronzo-María. — Por la muerte. »

Resonaron unánimes aplausos, y gritaron á un tiempo los legisladores:

— ¡ Todos! ¡ todos! ¡ todos!

Aurora, comandante del castillo del Huevo, fué de la misma opinión que su colega Massa.

Quedaba todavía Manthonnet por catequizar: ciego con su denodado valor, se sometía difícilmente á los juicios que inspira la prudencia.

Convínose en que Massa conferenciase con los patriotas acampados al pie de San Telmo y que si lograban concertarse, previniese á Mejean que su presencia era necesaria en el Directorio.

Dióse un salvo-conducto al comandante del castillo del Huevo. Massa convenció á Manthonnet, se avisó al coronel Mejean y esa es la razón por la cual vino el comandante á ver al cardenal, que le esperaba rodeado de su estado mayor. Presentó á Su Eminencia los artículos de la capitulación firmada ya por el general Massa y por el comandante Aurora, y el cardenal se fué á leerla y discutirla con sus jefes subalternos. Diez minutos después volvió y firmó sin discusión y pasó la pluma al comandante Foote, éste al comandante Baillie y éste á Achmet.

La única condición que puso el cardenal fué que el tratado, aunque firmado el 22, llevase la fecha

de 18. Esta exigencia, á que todos accedieron, fué entonces un misterio para todos; pero podemos asegurar que el verdadero motivo es que quería que la fecha fuese anterior á la carta que había recibido de la reina prohibiéndole tratar bajo cualquier pretexto con los rebeldes.

El mismo día que se firmó de hecho la capitulación, es decir, el 22 de Junio, el cardenal, satisfecho de tan feliz resultado, escribió al rey una relación detallada de las operaciones y comisionó al capitán Foote para que entregase en propia mano su carta á S. M.

Al día siguiente dió orden el cardenal para que los buques transportasen cuanto antes la guarnición republicana á Tolón, y escribió á Héctor Caraffa invitándole á que cediese los fuertes de Civitela y de Pescara á Pronio, que los sitiaba, con las mismas condiciones de los castillos Nuevo y del Huevo. Y como temiese que el conde de Ruvo no se fiase en su palabra ó viese algún lazo en su carta, mandó á buscar en los dos castillos un amigo del conde, en quien éste tuviese confianza, para llevar la carta y dar al conde una idea exacta de la situación.

Ofrecióse Nicolino Caracciolo y marchó, publicándose aquel mismo día un edicto que declaraba concluida la guerra y que en todo el reino no había

ya facciones, ni amigos, ni enemigos, ni realistas sino un pueblo de hermanos sometidos igualmente al rey, que deseaba confundirlos en el mismo amor.

Los patriotas tenían tal seguridad de que iban á morir, que muchos decidieron expatriarse, considerando el destierro como un bien, comparándolo con la suerte que les esperaba.

En medio de este coro de júbilo y de amargura de los vencidos, según dominaba en ellos el amor á la vida ó el amor á la patria, se veían estrecha y silenciosamente abrazados dos jóvenes en una estancia del Castillo Nuevo.

Eran Salvato y Luisa: ésta no había tomado aún una resolución, y sin embargo, el día siguiente, 24 de Junio, tenía que decidirse entre su esposo y su amante, entre quedarse en Nápoles, ó marcharse á Francia.

Luisa estaba anegada en lágrimas; pero no había tenido en toda la noche valor de pronunciar ni una palabra.

Salvato permaneció también largo tiempo de rodillas á sus pies, y luego, cogiéndola en sus brazos y sentándose uno al lado del otro, la estrechó contra el corazón.

Dieron las doce de la noche.

Luisa alzó los ojos arrasados en llanto y ardientes

de calentura, contó las doce campanadas, y dejando caer sus brazos en torno del cuello del joven:

— ¡ Oh ! ¡ no ! dijo, ¡ no podré jamás !

— ¿ Qué no podrás jamás, Luisa idolatrada ?

— ¡ Separarme de ti, Salvato ! ¡ jamás ! ¡ jamás !

— ¡ Ah ! exclamó el joven respirando de contento.

— Dios hará de mí lo que le plazca; pero viviremos ó moriremos juntos.

Y prorrumpió en sollozos.

— Escucha, le dijo Salvato: no estamos obligados á detenernos en Francia. Iré donde tú quieras.

— Pero, ¿ y tu grado ? ¿ tu porvenir ?

— Sacrificio por sacrificio, cielo mío. Te lo repito; si quieres huir en un rincón del mundo de los recuerdos que aquí dejas, allí iré contigo. Te conozco, ángel de pureza, y sé que mi presencia y mi amor no serán quizá bastantes á hacértelos olvidar.

— Pero no me marcharé así, como una ingrata, como una fugitiva, como una adúltera. Le escribiré, se lo diré todo y su noble corazón me perdonará, y si él me perdona, me perdonaré á mí misma.

Salvato se desasí de Luisa, la preparó en una mesa papel y tinta, y volviendo á abrazarla, le dijo:

— Te dejo sola, santa pecadora. Confíesate á Dios y á él. Aquella á quien Jesús tendió su mano no era más digna de perdón que tú.

— ¿ Me dejas ? exclamó la joven casi aterrada de quedarse sola.

— Es preciso que tu palabra brote en toda su pureza de tu alma casta y tu noble corazón, y mi presencia podría empañar la limpidez del cristal. Dentro de media hora nos volveremos á reunir para no separarnos nunca.

Luisa adelantó su frente: su amante la selló con un beso y salió. Levantóse ella á su vez y se sentó delante de una mesa.

Todos sus movimientos tenían esa grave lentitud que adquiere el cuerpo en los momentos supremos de la vida. Una triste sonrisa brilló en sus labios, y murmuró:

— ¡ Pobre amigo ! ¡ cuánto vas á sufrir !

Y luego con voz casi imperceptible, añadió:

— Pero no más que yo he sufrido.

Y cogiendo la pluma y apoyando su frente en la mano izquierda, escribió:

« ¡ Idolatrado padre, mi amigo misericordioso !

» ¿ Por qué os separasteis de mí cuando quise

seguiros ? ¿ Por qué no volvisteis cuando os grité desde la orilla, mientras desaparecíais en la tempestad:

» ¡ No sabéis que le amo ?

» Entonces era tiempo todavía: os seguía y estaba salvada.

» ¡ Me abandonasteis, y me perdí !

» La fatalidad lo dispuso así.

» No quiero excusarme, no quiero repetiros las palabras que con la mano extendida sobre el crucifijo, pronunciateis en el lecho de muerte del príncipe Caramanico, cuando él y yo insistimos en que fuese vuestra esposa. No: no tengo excusa; pero conozco vuestro corazón. La misericordia será siempre mayor que la falta.

» Políticamente comprometida por esa misma fatalidad que me persigue, dejo á Nápoles, compartiendo la suerte de los que se expatrian, y siendo la más infeliz de éstos, salgo para Francia.

» Os consagro los últimos momentos de mi destierro, como os consagraré las últimas horas de mi vida. Al salir de mi patria pienso en vos, como pensaré al dejar la existencia.

» Explicad tan intrineado misterio; mi corazón ha delinquido y mi alma ha quedado sin mancha,

vos me habéis arrebatado conservando la mejor parte de mí misma.

» Escuchadme, escuchadme, padre y amigo mío.

» Huyo de vos, más todavía por vergüenza que por amor á la persona que sigo: por él daría mi vida en este mundo; por vos mi salvación en el otro.

» Vos estaréis dondequiera que yo esté: si necesitáis de mí para algún sacrificio, llamadme y volveré á echarme de rodillas á vuestro pies.

» Permitidme ahora que os implore en favor de una inocente criatura que ignora todavía que debe su vida á una falta, y hasta que vive. Su padre es soldado: quizás ha sucumbido; su madre está desesperada y puede morir. Prometedme que mientras viváis mi hijo no será huérfano.

» No llevo ni un sólo ducado del dinero depositado en poder de los infelices Backer. ¿Necesito deciros que soy completamente inocente de su muerte y que he sufrido toda clase de torturas mejor que decir ni una sola palabra que les comprometiese? Con este dinero daréis al hijo que os lego, caso que yo muera, la parte que queráis.

» Al deciros todo esto, podríais creer, adorado padre, que os he dicho cuanto tenía que deciros;

no. Mi alma rebosa, mi cabeza estalla. Desde que me puse á escribiros, os veo, repaso en mi corazón los diez años en que me habéis colmado de bondades, y tiendo hacia vos las manos como al Dios á quien se adora y á quien se ofende. ¡Oh! ¿por qué no estáis aquí? Apoyada entonces sobre vuestro corazón, no habría fuerza que me arrancase de vuestro lado.

» Pero hecho queda lo que Dios hace. Ahora, á los ojos de todos, no sólo soy esposa ingrata sino súbdita rebelde y tendré que responder de vuestra ventura perdida y de vuestra comprometida lealtad. Mi partida os pone á cubierto: mi fuga os absuelve, y podréis decir: «¿Qué hay de extraño que la esposa adúltera sea súbdita desleal?»

» Adiós, amigo mío; ¡adiós, padre! Cuando queráis comprender lo que yo sufro, pensad en lo que habéis sufrido vos mismo. Vos guardáis el dolor y yo el remordimiento.

» Vuestra culpable hija, que cuenta siempre con vuestra misericordia,

» LUISA. »

Salvato entró en el momento en que Luisa escribía las últimas palabras. Volvió ésta la cabeza y le presentó la carta, pero él la rechazó al ver el papel

empapado en lágrimas, y al comprender cuánto sufriría la infeliz mientras él leerla.

Luisa apreció la delicadeza de su amante.

— Gracias, le dijo; y cerró la carta.

— ¿Cómo podré ahora hacer que llegue esta carta á manos del caballero San Felice?

— Es muy sencillo. Con el salvo-conducto la llevaré al cardenal, rogándole que la mande con toda seguridad á Palermo.

Luisa necesitaba que Salvato estuviese á su lado, porque su presencia ahuyentaba los fantasmas que la perseguían; pero era preciso que la carta llegase á manos del caballero.

Salvato montó á caballo, pasó á ver al cardenal, que como hombre de corazón sabía apreciar á los valientes. Díjole el motivo de su visita, añadiendo que había querido venir en persona para mayor seguridad, y para conocer al hombre extraordinario que acababa de llevar á cabo la restauración.

Á pesar de los males que en su juicio ocasionaba la restauración, Salvato no podía menos de reconocer que el cardenal no abusó de la victoria, y que las condiciones que había impuesto eran dignas de un vencedor generoso.

Mientras recibía los cumplimientos de Salvato,

con la apariencia de un orgullo satisfecho, leyó el sobre de la carta que le recomendaba, y vió en él el nombre del caballero San Felice.

El cardenal palideció á pesar suyo.

— ¿Y esa carta es, dijo, de la mujer del caballero?

— De ella misma, Eminencia.

Quedóse el cardenal suspenso, y después de un momento de pausa, dijo:

— ¿Os interesáis mucho por esa señora?

Salvato miró fijamente al cardenal, sin poder reprimir un movimiento de sorpresa.

— No os hago la pregunta por vana curiosidad: además, soy sacerdote, y cuando se me confía un secreto, es para mí tan sagrado como una confesión.

— Sí, Eminencia, muchísimo.

— Pues bien, ahora, señor Salvato, como prueba de la admiración que me inspira vuestro valor, dejadme que os diga en voz baja, muy baja, que la persona porque tanto os interesáis, está cruelmente amenazada, y que si estuviera en la ciudad, y no comprendida en la capitulación de los fuertes, sería necesario conducirla al castillo del Huevo ó al Nuevo, y buscar medio de probar que estaba allá hace cinco ó seis días.

— ¿Y en el caso contrario, tendría algo que temer?

TOMO VIII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

— No, porque espero que mi firma la salvará. De todos modos, en un uno ú otro caso, tomad vuestras medidas para que se embarque de las primeras. Una persona muy poderosa la persigue y quiere su muerte.

El rostro de Salvato se cubrió de una palidez mortal.

— La señora San Felice, dijo con voz apagada, no ha salido del Castillo Nuevo desde el principio del sitio, y goza por tanto del beneficio de la capitulación. Yo por esto no os agradezco menos el aviso que me habéis dado y que procuraré tener en cuenta.

Salvato saludó y se preparó á salir, pero el cardenal le detuvo poniéndole la mano en el hombro.

— Uná palabrita, le dijo.

— Hablad, Eminencia, replicó el joven.

Después de vacilar y dereconcentrarse un momento en sí mismo, dijo el cardenal :

— En vuestras filas hay un hombre que no es mi amigo, pero á quien aprecio por su valor y su genio, y quisiera salvarle.

— ¿ Está condenado ?

— Como la señora San Felice, dijo el cardenal. Salvato sintió un sudor frío correr por su frente.

— ¿ Y por la misma persona ?

— Por la misma, dijo el cardenal.

— ¿ Y dice Vuestra Eminencia que esa persona es muy poderosa ?

— ¿ He dicho muy poderosa ? me he equivocado, debí decir omnipotente.

— Espero que Vuestra Eminencia me hará el honor de decirme el nombre de la persona que quiere proteger.

— Francisco Caracciolo.

— ¿ Y qué le diré !

— Lo que queráis ; pero á vos os digo que su vida no está segura, ó por mejor decir, que no lo estará hasta que esté fuera del reino.

— Doy gracias á Vuestra Eminencia, dijo Salvato ; todo se hará según vuestros deseos.

— No se confían semejantes secretos más que á hombres como vos, señor Salvato, y el no recomendaros el silencio, es porque estoy seguro de que comprendéis su importancia.

Salvato se inclinó.

— ¿ Vuestra Eminencia tiene otra recomendación que hacerme ?

— Una sola.

— ¿Cuál ?

— Que miréis por vos. Los más valientes de los míos que os han visto en el combate, os acusan de temerario. Vuestra carta será enviada al caballero

San Felice, señor Salvato, os lo juro por mi honor.

Salvato comprendió que el cardenal lo despedía.

Le saludó, y siempre precedido de su hombre con la bandera blanca, volvió á tomar el camino del Castillo Nuevo.

Antes de entrar, Salvato se detuvo en el muelle, embarcóse y fué al puerto militar donde Caracciolo se había refugiado con su flotilla.

Los marineros se habían dispersado; sólo algunos de ellos quedaban á bordo.

Llegó á la cañonera que montaba Caracciolo en el combate del día 13.

Salvato llamó al contra maestre y le preguntó por el almirante.

Aquella mañana, viendo que el cardenal no había tratado directamente con él, y que no estaba comprendido en la capitulación de los fuertes, desembarcó, y disfrazado de campesino, partió, diciendo que no tuvieran cuidado por su suerte; pues mientras no pudiese salir del reino, contaba con un asilo seguro en casa de uno de sus antiguos servidores, cuya lealtad le era conocida.

Salvato entró en el Castillo Nuevo, subió á la habitación de Luisa y la encontró sentada delante de una mesa, con la cabeza apoyada en la mano, en la misma actitud en que la había dejado.

CAPÍTULO III

La escuadra inglesa

Érase el 24 de Junio por la mañana, cuando los refugiados napolitanos, creyendo no había seguridad para ellos en Nápoles, debían embarcarse en los buques preparados al efecto, y prontos á hacer vela con rumbo á Tolón.

La noche del 23 al 24 se empleó en reunir una escuadrilla de tartanas, jabeques y balandras. Pero el viento soplaba del Oeste, y no les permitía hacerse á la mar.

Desde el amanecer las torres del Castillo Nuevo estaban cubiertas de fugitivos, que esperaban que un viento favorable diera la señal de embarque. Los parientes y amigos estacionados en los muelles, les saludaban con señas y agitando sus pañuelos.

Sólo un grupo parecía inmóvil en medio de tanta animación.

Este grupo, compuesto de tres personas, parecía extraño á lo que pasaba, si se exceptúa uno de los que lo componían que dirigía la vista, ya á un lado, ya á otro, como quien busca alguna cosa.

Estas tres personas eran Salvato, Luisa y Miguel.

Salvato y Luisa estaban en pie juntos; creíanse solos, no vivían sino el uno para el otro.

Miguel, al contrario, buscaba dos personas; reconoció su amada madre, pero en vano buscó á Assunta entre la multitud.

De repente su atención, lo mismo que la de los demás espectadores, se dirigió hacia el mar.

Detrás de Capri se vieron aparecer muchas velas, que, favorecidas por el viento, se acercaban á toda prisa.

La primera idea de los pobres fugitivos, fué que era la escuadra franco-española que llegaba á socorrerlos, y empezaron á deplorar la prisa que se habían dado en capitular.

Pero el cardenal, que con el antejo en la mano veía desde su terrado avanzar los navíos, era el más inquieto de entre los espectadores.

Aquella mañana recibió por tierra cartas del rey y de la reina, que lo pusieron en grande embarazo.

Estas dos cartas, seguidas de la llegada de la escuadra, dieron al cardenal la idea de que tendría

que habérselas con Nelsón; en tanto que los patriotas, viendo el navío á cuyo bordo el vencedor de Abukir enarbolaba el pabellón de la Gran Bretaña, y creyendo más en la buena fe del almirante inglés, que en la de Ruffo, se regocijaron suponiéndose más seguros en manos de una gran nación que en las de una gavilla de bandoleros.

En cuanto Nelsón enarboló su pabellón, vióse descender una lancha, en la que entraron dos oficiales, un contramaestre y diez remeros, y se dirigió al puerto de la Magdalena; desde aquel momento, no dudó el cardenal de que le buscaban.

Y en efecto, abordaron á la Marinella.

Viendo que preguntaban algo á los lazzaronis, envió á su encuentro á su secretario Sacchinelli para que los condujese á su presencia.

Un instante después anunciaban al cardenal la visita de los capitanes Ball y Trouvridge, y ambos entraron en el gabinete de Su Eminencia con la fría reserva propia de los ingleses.

Siendo Trouvridge el jefe más antiguo, se adelantó hacia el cardenal, y le entregó un gran pliego cerrado con un sello rojo en el que estaban grabadas las armas de Inglaterra.

Abrió y leyó el cardenal el pliego, que llevaba la firma de sir William Hamilton.

Nunca creyó el cardenal que la oposición de los ingleses se presentara de un modo tan insolente.

Dos veces leyó la carta, y cuando concluyó le dijo Trouvridge :

— ¿Ha leído Vuestra Excelencia?

— Sí, señor; pero os confieso que no lo entiendo.

— Vuestra Eminencia ha debido ver en la carta que estando sir Hamilton al corriente de las intenciones de lord Nelsón, podemos el capitán y yo responder á todas las preguntas que os dignéis hacernos.

— Sólo os haré una. ¿Quedo yo destituido de mis poderes de vicario general en favor de lord Nelsón?

— Lo ignoramos; pero sabemos que lord Nelsón ha recibido órdenes de SS. MM. y que tiene el honor de comunicar sus intenciones á S. E., reservándose, si encuentran algunos obstáculos, á sostenerlas con sus doce navíos de línea.

— ¿Y no tenéis nada más que decirme de parte de vuestro jefe? preguntó el cardenal.

— Tenemos que pedir á V. E. una respuesta categórica á esta cuestión. Si se renuevan las hostilidades, ¿podrá contar lord Nelsón con vuestra cooperación?

— Como ya no hay rebeldes, porque éstos se me han sometido, es inútil marchar contra ellos y no ha lugar ni á la pregunta ni á la respuesta.

— Y en el caso en que lord Nelsón marchase contra los que se os han sometido, ¿Vuestra Eminencia haría causa común con él?

— No sólo no haría causa común con él contra los que se me han sometido, sino que me opondría con todas mis fuerzas á que se violara la capitulación que he firmado.

Los dos ingleses cambiaron una mirada y era evidente que habían venido en busca de aquella respuesta.

El cardenal se estremeció de cólera.

Comprendió la gravedad de la situación y la necesidad de una entrevista con Nelsón.

— ¿Ha previsto lord Nelsón el caso en que quisiera verlo y os ha autorizado para conducirme á bordo?

— Milor Nelsón no nos ha dicho nada sobre esto, señor cardenal; pero nos parece que una visita de V. E. le será siempre agradable y honrosa.

— Señores, dijo Ruffo, no esperaba menos de vuestra cortesanía. Estoy á vuestras órdenes.

— Somos nosotros, respondió Trouvridge, quienes estamos á las de V. E.

El cardenal bajó con paso rápido la escalera, corrió á la playa y entró en el bote, seguido de los ingleses; y veloz como una ave marina, la ligera embarcación cortó la superficie de las olas.

CAPÍTULO IV

La Némesis lesbiana

Ruffo vestía su púrpura cardenalicia, y Nelsón, que desde el castillo de popa del *Foudroyant* le vió llegar, mandó hacer en honor suyo una salva de cien cañonazos, y le esperó en el primer escalón de la escala de honor.

Saludáronse, pero no se dijeron palabra.

Nelsón no hablaba italiano ni francés, y aunque el cardenal comprendía el inglés, no le hablaba.

En la cámara encontraron al embajador inglés y á su mujer.

He aquí lo que había ocurrido :

El capitán Foote, mandado por el cardenal á Palermo con la capitulación, encontró la escuadra inglesa en el camino, y por él supo Nelsón el tratado de Ruffo y los republicanos, cuando justamente Sus Majestades Sicilianas lo mandaban á Nápoles con órdenes para Ruffo, en que le pro-